

Hoy escribe JAIME GUZMAN

“La sutil perversidad del clericalismo”

QUIZAS lo más ilustrativo de todo el episodio de los tres curas extranjeros recientemente expulsados ha sido el virulento ataque que —a propósito de ello— lanzaran 133 sacerdotes en contra del padre Raúl Hasbún, en una carta abierta.

A veces las citas textuales ahorran mucho comentario. Afirma este grupo de eclesiásticos, dirigiéndose al padre Hasbún:

“Nosotros estamos acostumbrados a tu estilo que, bajo una apariencia atrayente, presenta una defensa solapada del régimen y propone un cristianismo abstracto a-histórico, que nunca defiende a los pobres, contradiciendo el mismo Cristo”...

Y luego agregan: “Quisiéramos hacerte un llamado a que reconsideres tu posición y cambies de actitud. Creemos que el pueblo prefiere que no sigas hablando y escribiendo, antes de mantener una actitud ambigua de conciliación con la dictadura que tantos sufrimientos ha causado y está causando al pueblo”.

LA respuesta del padre Hasbún, en una de sus columnas periodísticas, ha sido magistral. Citemos sus principales acápites:

“La carta es un cuestionamiento y descalificación totales del régimen

político existente en Chile. Se le nombra sólo como «la dictadura»...”

“Me apresuro a reconocer que todo hombre tiene el derecho y el deber de formarse, en recta conciencia, su propio juicio de valor sobre el sistema político en que vive. Con la misma prontitud he de añadir que es perfectamente posible y normal que otro hombre similarmente recto de conciencia llegue a formarse un juicio de valor diferente, incluso contrapuesto, sobre la bondad o maldad del sistema”...

“Pretender que el propio juicio sea el único verdadero es una arrogancia rayana en la fatuidad. Imponerlo a los demás es un atentado contra la libertad de conciencia. Refrendarlo con el sello sacro del Evangelio, haciendo de él la única opción compatible con la fe cristiana, es una intolerable impostura y abuso de poder. Allí radica precisamente la sutil perversidad del clericalismo”.

“En su ataque al padre Hasbún, ha salido a luz la grave infección doctrinal y moral que afecta a parte importante del clero de la Iglesia de Santiago...”



Tras manifestar enseguida que, bajo los más diversos regímenes, ha guardado siempre su total independencia, sin jamás «callar por temor ni hablar por obsecuencia», el padre Hasbún expresa:

“La carta abierta... desemboca en la más grave de todas las conclusiones. O yo encaré y desafío a la «dictadura», como ellos dictaminan que el Evangelio exige hacerlo, o yo debo dejar de hablar y escribir. ¿Por qué? Porque el pueblo así lo prefiere. Ellos son la encarnación, voz e intérprete inapelable del pueblo. Los que no sentimos ni pensamos como ellos somos los enemigos, y cómplices de la opresión del pueblo”.

Y añade: “Hay un detalle particularmente grave en todo este ya preocupante atentado contra la libertad de conciencia. De los 133 firmantes, 80 son extranjeros. En una carta abierta y pública, elaborada en el recogimiento espiritual que se supone acompañado a la oración y el ayuno, estos 80 extranjeros han sometido, sin oírlo, a juicio popular y público a un sacerdote chileno y han concluido instándole, en nombre del pueblo, a que deje de hablar y escribir en su propia patria, mientras no acate el juicio político que a ellos les merece «la dictadura»... Imperialismos de esta índole son absolutamente extraños a la tradición chilena”.

Atan contundente respuesta, poco cabe agregar. Aunque ocasionalmente he discrepado con el padre Hasbún, me cuento entre los millones de chilenos que admiran su genuina y extraordinaria labor pastoral. Su éxito y sintonía en los más variados medios periodísticos (incluso el horario estelar de la televisión) representan el mejor veredicto de su notable acogida popular. No hacen falta más argumentos al respecto.

Lo sustantivo es que, en este episodio, ha salido a luz la grave infección doctrinal y moral que afecta a parte importante del clero de la Iglesia de Santiago. No es sólo su aspecto físico el que poco dice de su condición sacerdotal. Sus palabras y actitudes la reflejan aún menos. El mal que aqueja a estos modernos inquisidores ha brotado purulento.